



HAYDEN WHITE Y LA «EMERGENCIA» DEL HUMANISMO LIBERAL: EL CONTENIDO DE LA FORMA DE LOS WESTERN CIVILIZATION COURSES

Hayden White and the «Emergence» of Liberal Humanism: The Content of the Form of Western Civilization courses

Miguel Ángel SANZ LOROÑO
Universidad de Zaragoza
sanzlor@unizar.es

Fecha de recepción: 12-I-2015
Fecha de aceptación: 13-V-2015

RESUMEN: Este artículo propone una relectura del primer libro publicado por el filósofo e historiador Hayden White, *The Emergence of Liberal Humanism* (1966). Con ello se pretende alcanzar tres objetivos. El primero consiste en poner en contexto lo dicho por el autor en uno de sus más provocadores artículos, «The Burden of History» (1966). Los límites ideológicos de *The Emergence* deberían servir para que el lector de White conociese un «White» anterior a *Metahistory*, mucho menos «modernista» que el que nos ofrece el citado artículo. En relación con lo anterior, se trata de dar cuenta de los procedimientos de la ideología estética que lo configuró como autor, a la sazón, y como veremos, el llamado humanismo liberal, que puede resumirse como la elaboración estética del liberalismo estadounidense posterior a Franklin D. Roosevelt. Y en tercer lugar, se busca ofrecer una lectura formalista que reivindique la importancia en el estudio de la historiografía de lo que el propio White llamó «el contenido de la forma». Los significados ideológicos de las formas narrativas que se emplean en esta obra son un buen ejemplo de la importancia de este enfoque.

Palabras clave: historia de la historiografía; liberalismo; narrativa; ideología; Guerra Fría.

ABSTRACT: This paper proposes a re-reading of the first book published by the philosopher and historian Hayden White, *The Emergence of Liberal Humanism* (1966). This text is intended to achieve three main goals. The first is to put into con-text what was said by

the author in one of his most and well-known provocative articles, «The Burden of History» (1966). The ideological limits which framed *The Emergence* should serve the reader to make to get in touch with a «White» before *Metahistory*. Secondly, this paper tries to explain and decodify the procedures of aesthetic ideology that shaped White as an author, and as we shall see, the so-called liberal humanism, which can be summarized as an aesthetic construction of post-FDR American liberalism. And thirdly, it seeks to provide a formalist interpretation claiming the importance in the study of historical writing of what White himself called «the content of the form». The ideological meanings of narrative forms used in this work are a good example of the importance of this approach.

Keywords: history of historiography; liberalism; narrative; ideology; Cold War.

SUMARIO: 1. Introducción: situación, justificación y modo de lectura. 2. Tres problemas principales y una propuesta de lectura: ¿qué excluye *The Emergence*? 3. El humanismo ante la violencia: limando el encaje narrativo del Renacimiento, la Ilustración y las Revoluciones inglesa y francesa. 4. *The Emergence* ante el «desacuerdo»: el liberalismo lidia con la democracia. 5. Una clausura ambigua pero necesaria: Edmund Burke. 6. Más allá de la «emergencia»: conclusiones a *The Emergence*. 7. Bibliografía.

*Su problema era la inocencia*¹.

1. INTRODUCCIÓN: SITUACIÓN, JUSTIFICACIÓN Y MODO DE LECTURA

The Emergence of Liberal Humanism es un libro que, junto con las *Major Traditions of World Civilization*, forma parte de un proyecto de intervención en un público más amplio del que hasta ese momento Hayden White (1928) había tenido en mente². Desde la tranquilidad académica de la Universidad de Rochester, White y otros miembros de la universidad como Willson H. Coates, o conocidos como Georg G. Iggers, planeaban ofrecer historias de la «civilización occidental» y de otras tradiciones similares según los parámetros de los célebres cursos de *Western Civilization*. Pues, como escribió William M. Johnston, «since the early 1950s there has existed a need for a middle-level textbook

¹ Faulkner, W. (2000): *¡Absalón, Absalón!*, Madrid, Cátedra, p. 272. Esta novela tiene una trama de corte bíblico y trágico, centrada en la figura del plantador Thomas Sutpen (en la novela nacido en 1807 en Virginia Occidental), retrato oscuro y violento del propietario norteamericano que surge de la «nada» y cuya creación vuelve a la nada. Aprovecho para agradecer las críticas y sugerencias de todos los compañeros y compañeras doctorandos del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.

² Coates, W. H., White, H., y Salwyn Schapiro, J. (1966): *The Emergence of Liberal Humanism. An Intellectual History of Western Europe, Volume I*, Nueva York, McGraw-Hill, debía ser el primero de dos libros sobre la historia del «humanismo liberal». En 1970 se publicó el segundo volumen bajo el título *The Ordeal of Liberal Humanism. An Intellectual History of Western Europe, Volume II, Since the French Revolution*, Nueva York, McGraw-Hill. Las *Major Traditions* (desde la «tradición» grecorromana, que escribe el propio White, hasta la «tradición» fascista) componen una colección editada a cargo de Hayden White para la editorial humanística Harper entre 1966 y 1973.

in European intellectual history which would incorporate the insights of research made since World War II»³. Este libro, por tanto, vino a llenar un hueco. Tuvo alguna crítica ligera, como la de padecer un cierto sectarismo anticlerical o adolecer de la falta de una buena definición del humanismo liberal, esto es, del protagonista y objeto del libro⁴. Pero más allá de esto puede decirse que fue un libro esperado y bien recibido.

White y Coates lo escribieron a partir de un guión previo de J. Salwyn Schapiro, historiador liberal, discípulo del historiador *progressive* J. H. Robinson, y auténtico inspirador del proyecto. Para un lector casual de Hayden White este libro puede resultar desconcertante. Pocos son los que lo mencionan, y cuando lo hacen, como es el caso de Iggers, es para tratar de congraciarse con un historiador que, de otro modo, parecería completamente ajeno a la profesión⁵. El tradicional esquema temático, la narrativa, el estilo y los personajes no son novedosos. Todo está dentro de lo que un buen curso de *Western Civilization* hubiese exigido. En este sentido, puede decirse que el libro es la culminación de un proyecto humanista que White venía pergeñando desde fines de la década anterior. Y al mismo tiempo es su necesaria actualización. Tanto el prefacio como el guión narrativo no dejan lugar a dudas. El humanismo liberal al que los autores se adhieren, esa elaboración ideológica acerca de las capacidades del liberalismo estadounidense de los años cincuenta y sesenta, seguía vivo, y esta obra parecía ser tanto la prueba como su genealogía⁶. Sin embargo, la obra no está exenta de desajustes e insuficiencias. Los problemas no resueltos por White se concentran en tres áreas que vamos a ver de un modo trasversal. El sujeto, el esquema temático y la narrativa.

³ Johnston, W. M. (1967): «Willson H. Coates, Hayden V. White, J. Salwyn Schapiro, *The Emergence of Liberal Humanism: An Intellectual History of Western Europe, vol I: From the Italian Renaissance to the French Revolution*», *The Journal of Religion*, 47 (2), p. 157.

⁴ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 158; Gough, J. W. (1967): «Willson H. Coates, Hayden V. White, *The Emergence of Liberal Humanism*», *The English Historical Review*, 82 (324), p. 609; BAUMER, F. L. (1967): «Willson H. Coates et al., *The Emergence of Liberal Humanism: An Intellectual History of Western Europe*», *The American Historical Review*, 72 (2), p. 564.

⁵ Véase su entrevista con Ewa Domanska en Domanska, E. (1994), *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*, Charlottesville, University Press of Virginia, pp. 100-113.

⁶ «Humanismo liberal» es una expresión anglosajona de difícil definición que emerge en el último cuarto del siglo XIX, próxima a los círculos de Matthew Arnold y John Stuart Mill. Véase Bertens, H. (2001): *Literary Theory. The Basics*, Routledge, pp. 5 y ss. El humanismo, según Tony Davies, es una construcción decimonónica que pretendió establecer una genealogía universal para el liberalismo, una vez asentado tras la fase de regímenes constitucionalistas de la década de 1860. Cada vez que la cultura liberal se vio asfixiada, nos dice este autor, el liberalismo recurrió a su genealogía y propósito humanista con más fuerza. Véase Davies, T. (1997): *Humanism*, Londres, Routledge, 1997. Tal y como lo emplea White en sus obras de autoría conjunta *The Emergence y The Ordeal*, podemos deducir que el humanismo liberal es un liberalismo de clara orientación social, que puede ir desde el último John Stuart Mill hasta Franklin Delano Roosevelt. Consideramos que es un discurso, o ideología, que fue capaz de mantener diferentes posiciones políticas en su seno en torno al respeto a la libertad de conciencia, la propiedad privada, el antropocentrismo y la regulación económica con fines de bienestar social, limitada siempre por el respeto a la propiedad privada y la libertad de mercado.

La importancia de este libro no se debiera, no obstante, exagerar. Si bien nos sirve como artefacto cultural acabado en el que podemos analizar esa asignatura decisiva para la cultura liberal y humanística estadounidense de la Guerra Fría llamada «Western Civilization», este libro no marcó ninguna tendencia. Está lejos de constituir una de las grandes obras de Hayden White, historiador polémico cuyas obras publicadas con posterioridad a 1973 han cambiado decisivamente nuestra manera de entender la construcción del sentido y la verdad en un texto historiográfico. Pero es precisamente esta aparente «inocencia» de manual riguroso, escrito para una asignatura de cultura general humanística, la que un lector casual de Hayden White, acostumbrado a asociar este nombre a obras en su momento tan polémicas como *Metahistory* o *The Content of the Form*, debería encontrar como representativa de lo que Hayden White escribió antes de convertirse en esa suerte de *bête noire* que la profesión historiográfica hizo de él en la década de 1980⁷.

La inocencia en una obra de historia debe ser siempre considerada sospechosa, pues, como decía Althusser, «no existe lectura inocente»⁸. Y si la de White no lo es, la nuestra no habrá de serlo menos. El modo en que leemos la obra de White, y los propios hallazgos de su obra más fructífera, se integran dentro de la reescritura que nos permite la crítica literaria de Fredric Jameson, Terry Eagleton y Pierre Macherey⁹. Efectivamente, el entramado (*emplotment*), entendido como ordenación y trabazón significativa de una serie de hechos según una trama previa, es una de las principales herramientas que aquí van a emplearse¹⁰. En la historia y despliegue de este entramado, que se somete a los dictados de la trama a la que va a recurrir para construir retóricamente su historia, se encuentra el contenido ideológico que a modo de polizón inesperado conlleva su forma, esto es, lo que White llamó a partir del lingüística L. Hjemslev, el «contenido de la forma»:

From Hegel on through Marx down to Fredric Jameson most recently, the ideology of form and the way in which a given set of generic conventions carry their own ide-

⁷ *Bête noire* en Megill, A. (1987): «The Reception of Foucault by Historians», *Journal of the History of Ideas*, 48 (1), p. 127. White convertido en padre o epítome de todos los «males» asociados con el llamado posmodernismo, en Novick, P. (1988): *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Association*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 598-599. Para la recepción de White, véase Vann, R. T. (1998): «The Reception of Hayden White», *History and Theory*, 37 (2), pp. 143-161.

⁸ Althusser, L. (1978): *Para leer El Capital*, México, Siglo Veintiuno, p. 19.

⁹ A modo de ejemplo, véanse Jameson, F. (1981): *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University Press; Eagleton, T. (1976): *Criticism and Ideology. A Study in Marxist Literary Theory*, Londres, New Left Books/Verso; Macherey, P. (2006): *A Theory of Literary Production*, Londres, Routledge.

¹⁰ Véase White, H. (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

ological burden with them, just as form: there's a content in the form itself that isn't perceived if you think of the form just as kind of an empty container into which you can put any variety of subject matter¹¹.

Al igual que el «entramado», el «contenido de la forma» es uno de los principales hallazgos que White encontró en la teoría literaria para ser aplicado a las construcciones historiográficas, entendidas éstas como algo más que la suma de las partes (proposiciones o hechos). De la proposición, cuya gramática responde a la lógica, se pasa necesariamente a un todo construido por herramientas que van mucho más allá de la lógica, entrando en el ámbito de la retórica. De acuerdo con esto, una interpretación histórica siempre se construye mediante aparatos de significación que por fuerza habrán de emitir mensajes ideológicos por sí mismos o codificar las intenciones del autor (si de tal podemos hablar) en modos completamente inesperados o incluso contrarios a los deseos del historiador/escritor.

Desde el punto de vista narrativo, la historia construye un sentido del pasado y, por ende, del presente, con materiales y herramientas marcados por inesperados rastros de la historia, por huellas sociales hundidas en sus internos aparatos de significación. Es una narrativa cuyo armazón literario elabora un sujeto —y su antagonista—, dentro de una trama con una inadvertida implicación ideológica, con un significado de marcada valencia moral que legitima la exclusión y represión de aquello que amenaza la estabilidad de la narrativa, del mismo modo que en origen esa trama, ese modo de argumentar o de codificar la realidad, fue un acto socialmente simbólico de un grupo social contra otro. Porque una narrativa, de preciarse como tal, debe expulsar al terreno de la ausencia la visión del Otro de sí mismo y de lo que Rancière llamó *desacuerdo*¹². Debe, por tanto, lograr la completa simbolización de lo Real; o en otras palabras, tiene que desactivar ese desacuerdo excluyendo a la Otridad que la impulsa a constituirse como narración dominante frente a otra que amenaza sus privilegios. Así pues, es esta lectura crítica

¹¹ Hayden White en Murphy, R. J. (1997): «A Discussion with Hayden White», *Sources*, 2, 1997, p. 13. El subrayado es nuestro. Aparte de la conocida colección de ensayos *The Content of the Form*, es necesario consultar White, H. (2010): «Storytelling: Historical and Ideological», *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory, 1957-2007*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 273-292.

¹² Por «desacuerdo» entendemos la escisión social fundadora y reproductora del orden «político» de la *polis*, que no debe ser entendida como una ciudad-estado, sino como una totalización histórica. Ese «desacuerdo», que es simbolizado de todas las maneras posibles menos como lo que realmente es, organiza —gracias a los intentos de la política (control) y la estética (desactivación) por evitar su explosión desbocada— toda la vida social de la unidad política en la que vivimos. Sus efectos, por así decirlo, son insoslayables: no hay ciudad, Estado-nación o modo de producción que no esté fundado por un «desacuerdo» y, por consiguiente, no hay unidad política que no esté estructurada por este enfrentamiento inescapable entre los que poseen y los que no, entre los que pueden hablar y los que no. El libro de referencia es, obviamente, Rancière, J. (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.

de esta obra humanista de White, una suerte de «White contra White», la que aquí presentamos. Y es la propia obra posterior de White, como fue el caso de *Metahistory*, la que legitima este enfoque del texto histórico como una construcción retórica e ideológica de un todo cuya organización, en palabras de White, nos remite, sin degradar por ello el contenido histórico de su objeto, a un «artefacto literario»¹³.

2. TRES PROBLEMAS PRINCIPALES Y UNA PROPUESTA DE LECTURA: ¿QUÉ EXCLUYE THE EMERGENCE?

La «emergencia del humanismo liberal» se cuenta como una evolución que nos lleva desde el final de la Edad Media y el florecimiento de las ciudades italianas hasta la ambigua herencia de Edmund Burke¹⁴. Lo que articula semejante historia parece difícilmente conciliable con su artículo modernista «The Burden of History» (1966), pero no es, desde luego, contradictorio¹⁵. Efectivamente, la historia de los orígenes, los componentes y la evolución del humanismo liberal es una genealogía tejida desde la preeminencia ontológica del presente, tal y como pedía en ese artículo, y tal y como se exigía, por otra parte, en los *Western Civilization courses*¹⁶.

¹³ Véase White, H. (1978): «The Historical Text as Literary Artifact», *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 81-100.

¹⁴ Evolución en Coates y White (1966): *op. cit.*, p. V; y en Baumer (1967): *op. cit.*, p. 564.

¹⁵ White, H. (1966): «The Burden of History», *History and Theory*, 5 (2), pp. 111-134, fue un artículo sin notas al pie de página escrito para la revista *History and Theory* con la intención de reflexionar acerca de la función de la historia. Según Herman Paul, que elabora sobre la opinión de Martin Jay, Peter Novick y David Harlan, es una suerte de manifiesto existencialista que hace explícita la «historiografía de la liberación» que White iba a construir durante el resto de su carrera; véase Paul, H. (2011): *Hayden White*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 56.

¹⁶ Sobre la fortuna de los *Western Civilization courses* se ha escrito mucho. Si bien en los años ochenta encontramos artículos que los daban por muertos, quince años más tarde Eugene Weber, profesor de esta asignatura durante décadas, no sólo defendía lo contrario, sino que abogaba por su mantenimiento debido a la utilidad y riqueza intelectual que proporcionaban. Véase Allardyce, G. (1982): «The Rise and Fall of the Western Civilization Course», *American Historical Review*, 87 (3), pp. 695-725. Aquí se analiza el ascenso y caída de esta asignatura. El ascenso se debería a la necesidad, a principios del siglo xx y después de la Primera Guerra Mundial fundamentalmente, de desarrollar «a course to serve the general education of freshmen and sophomores» en un momento de progresiva especialización económica y académica (p. 695). Por un lado se precisaba seguir conservando el carácter patricio de la universidad, en un momento de inmigración masiva europea a los Estados Unidos, para lo que se necesitaba una asignatura de cultura general y común a todos los programas; por el otro lado, se necesitaba reforzar el relato nacional estadounidense en tanto los norteamericanos se presentaban como herederos y guardianes de una tradición histórica europea que se remontaba a la «civilización» grecolatina y hebrea. La caída de estos cursos se debería, en opinión del autor, a la crisis desatada en *the Sixties*, es decir, a la irrupción de otras voces y rostros diferentes -y antagónicos- al protagonista de los *Western Civilization courses* en el espacio público de producción simbólica. Frente a esta visión, véase Weber, E. (1999), «Western Civilization», en Molho, A., Wood, G. S. (eds.): *Imagined Histories. American Historians Interpret the Past*, Princeton, Princeton University Press, pp. 206-221

La necesidad de legitimación del «consenso» —no sólo historiográfico— forjado en la Segunda Guerra Mundial y rechazado bajo la administración Truman, que no era sino una fantasía acerca de la represiva política de «contención» anticomunista tanto en el exterior como en el interior, era más grande de lo que la historia nacional podía satisfacer en los inicios de la Guerra Fría¹⁷. El nuevo atlantismo norteamericano iba a hacer posible la consolidación institucional de una aventura historiográfica, nacida después de la Primera Guerra Mundial, que precisaba de este momento para su éxito. Con ella podía hacerse realidad esa historia de las ideas basada en la «conversación» entre brillantes momentos de «creación» que historiadores como Perry Miller y Arthur O. Lovejoy venían defendiendo desde la década de 1930 como proyecto alternativo a la historia intelectual de perspectiva económica y social de los «relativistas» Charles A. Beard y Carl L. Becker. Proyecto estrella, punto de convergencia con el público, producción dramática del liberalismo, solución a problemas y, al mismo tiempo, paciente de todas las fisuras del discurso dominante, los *Western Civilization courses* redefinieron la función del historiador en una cultura histórica con fuertes intereses por el presente. Los «Western Civ», como se llamaban coloquialmente, salvaron del declive pedagógico a la historiografía. Enfatizaron la importancia de la historia para el presente al ofrecer una visión unificada de la historia de Europa en general y de la historia del conocimiento en particular¹⁸. Era el tipo de historia que cautivaba a los jóvenes al ofrecer una fotografía inmensa y ordenada de la historia de las ideas «occidentales», de las que Estados Unidos se declaraba guardián, heredero y beneficiario. La victoria sobre el Eje y el inicio de la Guerra Fría constituían la prueba de este hecho.

La narrativa de estos cursos tenía por objeto una suerte de epopeya de la libertad moderna. Se mostraba su emergencia y enfrentamiento con extremismos y utopías «deterministas» que supuestamente implicaban grandes dosis de violencia e ingeniería social. La trama (*plot*), ejemplo de entramado (*emplotment*) de implicaciones liberales, no podía ser sino un remedo contemporáneo —en cuya mezcla se vislumbraba la teoría de la modernización— de la teoría *whig* de la historia. Se imponía ese esquema pero, debido a la perspectiva caleidoscópica que se ofrecía, se evitaba la horripilante sensación anti-historicista de no respetar el pasado. Los estudiantes apreciaban la imagen compleja y

¹⁷ El anticomunismo sirvió como organizador ideológico principal del liberalismo estadounidense de este periodo. Para la importancia de la «contención» anticomunista como categoría insoslayable de la historia estadounidense de este periodo, véanse Jezer, M. (1982): *The Dark Ages. Life in the United States, 1945-1960*, Boston, South End Press; y Whitfield, S. J. (1996): *The Culture of the Cold War*, Baltimore, Johns Hopkins University Press. Para la historia del consenso, véase la reciente (pero excesivamente amable) revisión propuesta por Fitzpatrick, E. (2002): *History's Memory. Writing America's Past, 1880-1980*, Cambridge, Harvard University Press, Capítulo 5.

¹⁸ Véase Higham, J. (1973): *History. Professional Scholarship in America*, Nueva York, Harper Torchbooks, p. 42. Más allá de las polémicas generadas por G. Allardyce y E. Weber, ya comentadas, el mejor balance sobre estos cursos es el de Segal, D. A. (2000): «'Western Civ' and the Staging of History in American Higher Education», *American Historical Review*, 105 (3), pp. 770-805.

ambigua de la historia europea, de los grandes valores y no menos grandes hombres que las producían. Esta historia, en definitiva, socializó a una generación de universitarios en una genealogía liberal que, a la altura de 1966, dio uno de sus mejores frutos en el libro conjunto de Hayden White y Willson H. Coates.

El atlantismo dio otros frutos más allá de los manuales de los cursos de *Western Civilization*, tal y como pusieron de manifiesto las obras de Robert Palmer y Jacques Godechot. Tanto para unos como para otros, el rasgo principal de sus producciones era la definición histórica de la libertad. Es decir, se delimitaba claramente lo que entraba dentro de esa libertad y lo que quedaba fuera. Descartes o Kant quedaban dentro; Robespierre y Saint-Just eran censurados. La libertad a un lado, la igualdad y fraternidad a otro. Los «Western Civ» fueron tanto un balón de oxígeno para una cultura asfixiada por la «contención» como el síntoma de un problema cuya resolución no admitía más demora. Sus exclusiones como historiografía eran tan enormes que no iban a poder obviarse a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Por ello, la definición del «mundo libre» de acuerdo con estos «Western Civ» no sólo pretendía enfrentarse al hormigón soviético, sino que también debía lidiar con un espectro interno al que pronto no sabría cómo tratar. El problema de la segregación en el Sur y la exclusión social en el Norte después, ya no fue reprimible por más tiempo. Su presencia a partir de entonces se hizo algo más que ineludible.

El problema de este estudio tan fiel al modelo del curso de *Western Civilization* es el siguiente: *The Emergence* es una historia cuyo dinamismo viene desde fuera, no se desarrolla desde dentro. Para introducirle el cambio White y Coates recurren a las herramientas de Max Weber, Benedetto Croce y la teoría de la modernización. La división cronológica es claramente convencional, siendo dedicada la primera parte a los siglos xv-xvii, y la segunda parte al siglo xviii¹⁹. La división temática lo es más aún si cabe. Cada capítulo estudia las ideas políticas, económicas, religiosas o científicas de cada siglo, sin que se produzca en ningún momento una sensación de conexión entre ellas. Pero el problema no sería reseñable si sólo nos refiriésemos a esta falta de unidad orgánica.

El tipo de organización que subyace a esta división temática es una estructura paralela. Lejos de resaltar la capacidad de elección de los seres humanos, objetivo primordial de la filosofía moral de Hayden White, la degrada²⁰. La conjugación de positivismo sociológico por un lado, y una suerte de formalismo kantiano por el otro, resulta letal para los propósitos anunciados. Esta forma de argumentar no es, sin embargo, extraña.

¹⁹ Primera Parte: «The Breakdown of Medieval Civilization and the Beginnings of Modern Times»; Segunda Parte: «Formation of the Modern Mind in the Eighteenth Century».

²⁰ Para White la historia debía ser entonces (y a ahora) una suerte de filosofía moral; véase White, H. (2010): «Preface», *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory, 1957-2007*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. IX-XI.

El protagonista del libro no es tanto el humanismo liberal emergente como un sujeto trascendental que mira hacia atrás y contempla el desarrollo de su historia como una exfoliación progresiva. Un punto de vista que por entonces se hallaba de moda gracias a W. W. Rostow y al que E. P. Thompson respondió tratando de generar:

Una polémica contra la historia económica ortodoxa, la cual fragmenta toda la evolución social y luego la une nuevamente en una serie de inevitables que encajan unos con otros, y también quiere presentar la explotación como una categoría del pensamiento y no como algo que en efecto ocurrió. Una vez has conseguido hacer esto, puedes volver a algo parecido a una teoría de la modernización en la que no se ve un proceso conflictivo, una lucha de clases dialéctica, sino simplemente una exfoliación y diferenciación en un continuo proceso de industrialización, modernización, racionalización, etc²¹.

Sea como fuere, el humanismo liberal no queda bien definido en ningún momento más allá de la siguiente afirmación: «The title to this volume [...] reveals not only our interest in determining the origins, the main components, and the evolution of what we have designated as liberal humanism, but also our conviction that freedom of conscience and liberty in all its aspects constitute the most important tradition of Western civilization»²². Los problemas se multiplican. *The Emergence* y *The Ordeal* no pueden evitarnos la sensación de ser un proyecto ya visto, una versión actualizada y weberiana de la *Historia de Europa en el siglo XIX*, de Benedetto Croce, en la que el conflicto interno está claramente anulado por el despliegue de una entidad que juega con las cartas marcadas²³.

²¹ Thompson, E. P. (1989): *Tradicición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, p. 314. Véase también Rostow, W. W. (1993): *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Madrid, Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. El libro original del que fuera asesor de los presidentes Kennedy y Johnson en materia de seguridad nacional data de 1960.

²² Coates y White (1966): *op. cit.*, p. V. El subrayado es nuestro.

²³ En 1966 White todavía se hallaba muy influido por la apertura a la historia como filosofía moral que R. G. Collingwood y Benedetto Croce le habían permitido. Para una defensa cerrada de Croce, véase White, H. (1963): «The Abiding Relevance of Croce's Idea of History», *Journal of Modern History*, 37 (2), pp. 109-124. Por otra parte, más importante aún que Croce para *The Emergence* y *The Ordeal* fue la obra de Ruggiero, G. (2005): *Historia del liberalismo europeo*, Granada, Comares. Para el italiano, discípulo de Croce, la historia desde el siglo XVI hasta el siglo XX había sido la del ascenso, a tropicónes y luchas con otras cosmovisiones, de la libertad. Primero como derecho natural y más tarde como utilidad, el liberalismo defendió su idea de libertad sin desfallecer a lo largo de su historia. El producto de esta historia y su principal forma cultural fue este liberalismo, auténtico representante del devenir de la «civilización occidental» en la era moderna y contemporánea. En otras palabras, la historia europea, que es tanto como decir occidental y liberal, fue una «hazaña de la libertad», que es, precisamente, el título en castellano (tomado de la traducción inglesa) de la obra de Croce de 1938, *La storia come pensiero e come azione*. En Coates y White (1970): *op. cit.*, p. 444, los autores señalan que la obra de Ruggiero sigue siendo la mejor guía para entender el liberalismo en el siglo XIX. Guido de Ruggiero, discípulo de Benedetto Croce, resulta fundamental para entender el propósito y la estructura de esta obra. Su historia del liberalismo fue traducida al inglés por R. G. Collingwood en 1927, quien, a su vez, fue el principal introductor en lengua inglesa del pensamiento croceano. Para Ruggiero nos ha

Pero no debiéramos sorprendernos. Cuando hablamos de «evolución» y de «civilización occidental» lo más probable es que nos encontremos con una gran narrativa de este tipo. A pesar del deseo liberal de evitar la gran filosofía de la historia, ciertamente no se pudo evitar fantasear sobre su propio destino y elaborar complejas epopeyas sobre su pasado.

The Emergence es una versión menos arrogante y más inclusiva que el manifiesto anticomunista de Walt W. Rostow; pero no es lo suficientemente contrapuesta como para escapar de los peores efectos políticos de la teoría de la modernización. A pesar de las anecdóticas referencias al utopismo que encontramos en *The Emergence*, hay una línea clara que, defendiéndose de los ataques antiliberales, mantiene la conexión entre las ciudades italianas del Renacimiento y 1966: «We disparage the conclusion that the imminence of world catastrophe today demonstrates how misguided were Westerns attempts to penetrate into what at one time were forbidden mysteries»²⁴.

Parece difícil escapar a este tipo de gran narrativa con tendencia a degradar la singularidad de lo humano. Como diría Walter Benjamin, aquélla juega con la ventaja de contar con un autómatas —dentro o fuera— para mover lo que de otro modo sería un bloque de granito. En este punto nos preguntamos si esto es la consecuencia inevitable del tipo de sujeto que la protagoniza, o es el efecto del perspectivismo del sujeto trascendental —ya detectado en «The Burden of History»— que asumimos desde el presente al lanzar nuestra genealogía hacia el pasado. Lo que parece va quedando claro es que ambos problemas desplazan una cuestión fundamental. Ninguna de las dos opciones respeta la tensión y explosiva extrañeza del pasado. ¿Qué es, en definitiva, lo que desplaza *The Emergence*?

The Emergence, como fantasía narrativa producida en los cursos de *Western Civilization* y aventura editorial fabricada por el «atlantismo» de la Guerra Fría, excluye dos acontecimientos relacionados. El documento de barbarie de la «civilización occidental», por un lado, y su punto de fuga, esto es, una alteridad utópica, por el otro. *The Emergence* presenta una única narrativa posible para Europa y el mundo: la de la modernización capitalista. En este caso, el sujeto aparece como un Hombre Universal cuya epopeya esconde el escándalo de sus intereses particulares. *The Emergence*, por tanto, no sólo excluye el reverso de la modernidad, la miseria particular de ese Hombre Universal y de la configuración de un Otro que sufrió e hizo posible el «esfuerzo» moderno europeo. Por esta razón, la esclavitud y el comercio triangular del siglo XVIII no desempeñan ningún papel en este libro, como tampoco lo representan la acumulación originaria de capital a lo largo de toda la Edad Moderna o la configuración de una relación imperial

resultado de utilidad consultar a Bellamy, R. (1987), «Idealism and Liberalism in an Italian 'New Liberal Theorist': Guido de Ruggiero's *History of European Liberalism*», *The Historical Journal*, 30 (1), pp. 191-200.

²⁴ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. V

respecto a América. Se borran así no sólo las raíces del imperialismo contemporáneo, sino las condiciones de posibilidad del propio modo de producción capitalista cuyo desarrollo, identificado con el despliegue de las ideas de libertad de conciencia y libertad en todos los aspectos que Coates y White consideraban característicos del humanismo liberal, parece venir de un cierto excepcionalismo europeo²⁵. De este modo, todas las disidencias internas acabarían encajando cada una en su lugar a medida que la modernización avanzase y extendiese sus beneficios, creando los espacios adecuados para todos aquellos que directamente no se beneficiaran de esta empresa.

En 1966 se está jugando algo mucho más importante que una política demócrata o republicana. Estamos en un mundo polarizado entre dos sistemas político-económicos. Pocos años antes, Khrushchev había aventurado que el socialismo realmente existente enterraría el capitalismo. Si bien tal cosa parecía improbable en muchos aspectos, tampoco era del todo descartable en la imaginación liberal a juzgar por los espectaculares logros de la ingeniería espacial soviética. La descolonización de partes importantes del globo, como la India y parte de África, empezando por Argelia, generaba la siguiente pregunta: aceptando que las vías para la modernización soviética y occidental fuesen distintas –y entonces se pensaba que lo eran–, ¿qué modelo seguirían todas esas partes del mundo que ahora dejaban de ser colonias de los imperios europeos? El surgimiento del socialismo africano, China, a pesar de su reciente ruptura con la URSS, o las pautas legadas por Jawaharlal Nehru –muerto en 1964– en la India hacían temer lo peor para Estados Unidos. Cuba y, finalmente, Vietnam, hicieron entrar en estado de pánico a los arquitectos de la política exterior estadounidense. Tras el fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos, Kennedy decidió emprender una política más amable hacia Latinoamérica, aunque igualmente marcada por el anticomunismo y la defensa de los intereses empresariales norteamericanos. La *Alliance for Progress* (marzo de 1961) fue una operación de asesoría y ayuda económica con la que el gobierno Kennedy, y después el de Johnson, trató de contrarrestar la influencia del modelo cubano y soviético en América del Sur. El resultado del programa, más allá de su retórica e intenciones profesadas de primera hora, acabó siendo el propio de una política exterior fuertemente anticomunista en un mundo polarizado: invasiones militares (República Dominicana en 1965); implicación técnica y financiera en golpes de estado (Brasil, 1964), y apoyo y financiación de terrorismo de estado y paramilitar (Colombia). Esta estrategia, abandonada durante la presidencia Nixon, puso las bases de la siguiente fase de la política exterior estadounidense en relación con sus vecinos del sur: la llamada «Operación Cóndor».

²⁵ En esa misma época se publicó una de las piezas historiográficas más conocidas del «excepcionalismo» europeo. Hablamos de Landes, D. (2003): *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press. El original es de 1969.

En este contexto, cualquier historia del camino a la modernidad europea no podía sino ser un acto político. Rostow, asesor de Kennedy y Johnson para la seguridad nacional, escribió su «manifiesto no comunista» con una intención muy evidente. Ofrecer un camino único de modernización a todos los países del mundo que excluía categorías como explotación o imperialismo. Todos podían crecer y desarrollarse puesto que había sitio para todos, siempre y cuando respetasen las reglas del juego; unas reglas escritas de antemano y cuyo lema principal era la libertad de mercado. Lo que Rostow explicó en el terreno económico, otros, principalmente los dedicados a fantasear sobre el «milagro» europeo y la herencia que Estados Unidos, como guardián de la llama, estaba obligado a conservar, elaboraron heroicos relatos históricos ofrecidos en los *Western Civilization courses*.

Así pues, *The Emergence* no sólo excluye estas realidades, sino que además, involuntariamente, participa del esfuerzo por eliminar cualquier legitimación del anti-imperialismo con su narrativa sociológica, su modernización weberiana y su revisión e inclusión croceana de lo diferente e irracional. El modelo de Rostow no sólo era el único posible, sino, según se deducía de su versión de la experiencia europea, el mejor y más beneficioso para el conjunto de la humanidad. Lo que no sólo es una fantasía sobre las relaciones exteriores estadounidenses y su política de tierra quemada anticomunista, sino que también se ofrece como modelo de desarrollo y bienestar para sus problemas internos. Cualquier otra narrativa hubiese legitimado una política muy diferente de la que el liberalismo estadounidense estaba dispuesto a aprobar. Hay que recordar que poco antes de caer asesinado Malcolm X hablaba de la necesaria «descolonización» de la población afroamericana en Estados Unidos. Los cursos de *Western Civilization*, así como *The Emergence*, pronto se verían sobrepasados por la recepción de las obras de Frantz Fanon y la teoría de la dependencia, por un lado, y la irrupción de la filosofía de la liberación de Enrique Dussel en Latinoamérica, por el otro²⁶. Las políticas que impli-

²⁶ Las principales obras de Frantz Fanon, fallecido en 1961, se tradujeron por primera vez al inglés entre 1963 y 1967. La teoría de la dependencia fue una corriente de pensamiento surgida del pensamiento económico latinoamericano cultivado en la CEPAL –Raúl Prebisch, Celso Furtado– y explorada más tarde por autores de todo tipo, como Samir Amin o André Gunder Frank, que llevaron los iniciales esquemas y recetas económicas hasta una visión alternativa y opuesta no sólo a la modernización sino a la propia modernidad como fantasía excepcional y universalista europea. Puede decirse que el grupo de estudios que analizan la colonialidad de la modernidad es uno de los mejores exponentes de esta visión alternativa. Enrique Dussel es la expresión más importante de ésta última tarea. El primer -e impresionante- escrito importante de Enrique Dussel data precisamente de 1966 y es toda una declaración de intenciones; véase Dussel, E. (1966): *Hipótesis para el estudio de Latinoamérica en la Historia Universal. Investigación del «mundo» donde se constituyen y evolucionan las «Weltanschauungen»*, Chaco, Resistencia. Para la teoría de la dependencia en Estados Unidos, hasta la irrupción de I. Wallerstein en 1974 con su teoría del sistema-mundo, fue la obra sobre el subdesarrollo de André Gunder Frank, más que Samir Amin, el representante más conocido de esta tendencia. Gunder Frank publicó dos libros fundamentales para la consolidación de esta visión alternativa: Gunder Frank, A. (1966): *The Development of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press; y Gunder Frank, A. (1967): *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press. Ambos libros fueron publicados, no por casualidad, en la editorial de la revista *Monthly Review*, dirigida y fundada por el marxista neo-ricardiano Paul Sweezy.

caban estas visiones alternativas de la modernización hubiesen justificado una auténtica ola de expropiaciones que ningún liberal –demócrata o republicano– hubiese permitido.

3. EL HUMANISMO ANTE LA VIOLENCIA: LIMANDO EL ENCAJE NARRATIVO DEL RENACIMIENTO, LA ILUSTRACIÓN Y LAS REVOLUCIONES INGLESA Y FRANCESA

A pesar de que ni la Nueva Izquierda ni Martin Luther King, Jr. habían superado propuestas liberales como las del *Freedom Budget*, *The Emergence*, a primera vista, no parecía un relato con el que las minorías no incluidas en él pudieran darse por satisfechas²⁷. Este libro no iba dirigido a ellas, sino a un público académico amplio y liberal que en 1966 estaba a punto de comenzar a descender la cima de su confianza. Una genealogía desde el presente no es suficiente, toda vez si uno es parte de una de esas minorías excluidas por la historia oficial de la civilización occidental. Lo que se estaba reclamando en estos momentos no sólo era una vuelta de hoja a la historia, sino su lectura a contrapelo o su destrucción. Es por ese motivo por el que *The Emergence* adquiere este aspecto lineal evolutivo, sin tensión ni fuerza. Porque se dirige desde un presente trascendental hacia atrás, buscando sus documentos de cultura y ocultando sus documentos de barbarie. De ahí que el modo en que se defina el humanismo liberal sea tan escueto e insuficiente. Se acepta aquello supuestamente irracional que no entra en la línea principal de la historia; y se hace sin someterlo al ridículo o a la crítica sangrante, porque Collingwood, Croce y Lévi-Strauss le habían dado las herramientas para ello. El mundo de la historia resultaba ser muy complejo, rico y variado (*manifold*) como para someterlo a una gran filosofía de la historia que no respetase la «libertad en todos sus aspectos»; y así debía ser contado²⁸. Una bella historia pedagógica en la que la violencia aparece destazando el final de un brillante periodo, el siglo XVIII, con la intención de advertir del peligro de toda aventura revolucionaria y de todo discurso que divida el mundo en dos partes antagónicas.

...

²⁷ Véase el estudio de los límites del liberalismo estadounidense de LeBlanc, P., Yates, M. D. (2013): *Freedom Budget. Recapturing the Promise of the Civil Rights Movement in the Struggle for Economic Justice Today*, Nueva York, Monthly Review.

²⁸ Véase Coates y White (1966): *op. cit.*, p. VI. La expresión «manifold complexity of human life» es un ideologema liberal que prefigura el mundo de un modo en el que se proscriben las soluciones políticas de ingeniería social que agreden esa complejidad al diagnosticar los males de la vida social en un sólo problema, esto es, al señalar a la propiedad privada de los medios de producción como la única fuente de perturbación social. La presencia de esta idea de tinte tan popperiano como croceano en White es constante a lo largo de toda su obra. Véase White (1963): *op. cit.*, p. 119: «But it goes far beyond these minimal requirements, demanding above all a sustained recognition of the manifold complexity of human life, a tact that inspires caution before every attempt to contain that complexity in verbal generalization, and the courage to live a morally responsible life in the face of the ambiguities which a history so construed implies».

Las críticas al periodo jacobino en general y a la figura de Robespierre en particular son especialmente duras²⁹. De hecho, en cierto momento los autores nos regalan una afirmación que podría haber firmado Karl Popper y que, a través de Alfred Cobban y François Furet, ha llegado hasta hoy como un motivo ideológico de primer orden en nuestro propio horizonte político. A raíz de una cita de Georges Clemenceau de 1891, que presenta una Francia partida en dos partes irreconciliables, Coates y White establecen la ya clásica genealogía que se origina en Rousseau y la Revolución Francesa y llega hasta el campo de concentración o el gulag: «The concept of the two Frances is unsupported by the observation that although the revolutionary tradition in France is on the political Left, the methodology of revolution invented by the French in the 1790s has also contributed to Right-wing totalitarian thought in the twentieth century»³⁰. La sombra de las distopías «totalitarias» fabricadas por el «mundo libre» se ha proyectado más allá del Bicentenario de 1989 hasta llegar a nosotros como mensajes inaudibles que bloquean nuestra imaginación política. En cualquier caso, lo reseñable de esta cita es el desplazamiento del antagonismo fundamental dentro de la sociedad estadounidense a un enfrentamiento planetario en el que los enemigos, como en una noche «totalitaria» más propia de Schelling que de Hegel, se convierten en uno solo.

Este pasaje, así como el tratamiento respetuoso pero aislado, como si se tratase de una curiosidad o un desvío pintoresco, que se le da al utopismo o a la Revolución inglesa, nos hace pensar en aquello que el sujeto trascendental desplaza. No es otra cosa que lo excluido por el formalismo neokantiano y el positivismo sociológico que forman la base epistemológica de Hayden White³¹. A través de este prisma la historia adquiere un color y una forma muy diferentes. Y el sujeto, el humanismo liberal, ya no aparece como una entidad universal cuya esencia es «that freedom of conscience and liberty in all its aspects» que hemos visto al comienzo de este apartado. Bien al contrario, podemos situar en un espectro ideológico concreto la genealogía de este sujeto. Thomas Ireton, mano derecha de Cromwell, nos da la clave al desnudar tan brutalmente la fantasía universal del liberalismo de Coates y White en los famosos debates de Putney de 1647: «Liberty cannot be provided for in a general sense if property be preserved»³².

Si el objetivo del humanismo moderno, tal y como dicen Coates y White, es la destrucción de cualquier soberanía trascendental, *The Emergence* puede considerarse –muy generosamente– un libro agresivo con respecto a la religión, pero no un libro totalmente exitoso

²⁹ Coates y White (1966): *op. cit.*, pp. 335 y ss.

³⁰ *Ibid.*, p. 337.

³¹ Véase para este aspecto Lorenz, C. (1998): «Can Histories Be True? Narrativism, Positivism, and the 'Metaphorical Turn'», *History and Theory*, 37 (3), pp. 309-329.

³² Ireton en Hill, C. (1983): «Introduction», en Winstanley, G., *«The Law of Freedom» and Other Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 16-17.

en su objetivo³³. Como ya se ha dicho, la narrativa resultante no favorece la inmanencia de la acción humana. Pero el problema principal sigue siendo la indefinición del carácter de su sujeto. Las ideas que recorren el libro, desde el Renacimiento hasta la Ilustración, aparecen como una sucesión formal de caracteres y legados de un mismo sujeto que las produce y hereda. De todas ellas, el Renacimiento –y la reforma protestante–, por ser el origen de las propias humanidades, y la Ilustración, por ser la culminación del primero y la fuente más directa de nuestro mundo contemporáneo, son los que más relevancia adquieren.

Sin embargo, ninguno de los capítulos tiene entidad suficiente como para erigirse en protagonista absoluto. Como si de un manuscrito escrito a dos manos por Coates y White –corregido por Rostow y revisado por Croce y Weber– se tratase, cada capítulo nos ofrece un rasgo que, todos juntos, acaban confluyendo en la Ilustración para dar al lector la fisonomía de un humanismo liberal más o menos concreto. Pero sin más protagonismo que uno pasajero: la Ilustración no es el final del camino. Así las cosas, el Renacimiento legó para las siguientes generaciones nada menos que el nacimiento de la modernidad. El descubrimiento de las capacidades creativas del ser humano y el sentido de una «responsible social life» iban en consonancia con el hallazgo de Lorenzo Valla sobre el lenguaje, que era, en su opinión, «a bedrock of order» perfectamente cognoscible que podía poner fin a la sensación de caos provocada por los albores de la modernidad³⁴. La configuración de las humanidades, entendidas como una forma de promover la mejor comunicación posible entre los hombres –y por tanto la mejor comunidad posible–, es uno de los principales rasgos del humanismo concebido como una «cosmovisión»³⁵. El poder de la retórica estaba estrechamente asociado a la capacidad creativa del ser humano; y ambos a la comunidad. El pluralismo religioso, o la tolerancia y la libertad intelectual, son grandes atributos de este sujeto, conseguidos gracias a las reformas religiosas y otros factores de toda índole que convergieron para que los hombres ilustrados pudieran postular esta libertad como deseable e incontrovertible³⁶. No hay un solo factor o causa, en opinión de los autores, que pueda reducir la variedad y riqueza de esta aventura al determinismo de una categoría o un código maestro. Tal violación formal del contenido ideológico del libro hubiese supuesto un cortocircuito de primer orden. El monismo, cualquiera que fuese su aspecto, debía ser desterrado en una historia de las ideas cuya principal misión era destacar una libertad de pensamiento –frente a los sistemas deterministas que representaba el Otro soviético– de la que entonces, en 1966, Estados Unidos se consideraba guardián y heredero.

...

³³ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 5.

³⁴ Citas en *ibid.*, pp. 20 y 18.

³⁵ «World-view» en *ibid.*, p. 5.

³⁶ Véase *ibid.*, p. 68.

La Ilustración es el escenario que más espacio adquiere en la obra, asumiendo una suerte de parte por el todo³⁷. No obstante, los ilustrados guardaron unas relaciones no del todo bien avenidas con el legado humanista liberal. La democracia representativa, por ejemplo, cuyos fundamentos se pusieron una vez el pensamiento devino totalmente secular, fue recibida con manifiesta ambigüedad, cuando no hostilidad, por los *philosophes*³⁸. Voltaire y Rousseau, aparentemente, son los casos más significativos al respecto³⁹. Para Coates y White, la democracia no sólo tiene carácter secular, sino, como se ha dicho, también es exclusivamente representativa. Por esta razón, los autores descartan a *diggers* y *ranters* como demócratas y dibujan un Rousseau más que ambiguo al respecto. Ambigüedad que, como señalaba el *leitmotiv* liberal de personalidades como Karl Popper, llevó a la degeneración de su pensamiento en las manos de Robespierre. A este respecto, la historia de la Revolución Inglesa y de los fundamentos de la democracia que nos presentan es tan significativa de este marco ideológico como del momento, 1966, en el que se publicó el libro.

Más allá de la evidente oposición que el liberalismo estableció entre democracia y representación, que los autores parecen ignorar –sólo, pero decisivamente– en este punto, Coates y White incurrir en esa displicencia *whig* tan detestada por E. P. Thompson al señalar significativamente que:

The ideal of the Levellers was an *individualistically* democratic state. They explicitly dissociated themselves from the socially revolutionary theories propounded by the numeracally much less significant ‘Diggers’. But there is little doubt that even the Levellers’ less radical ideas were premature for the social structures of the Western European states of that time»⁴⁰.

Razón por la cual su proyecto, así como el de los *diggers*, «fracasó», en opinión de los autores, dejando el camino libre a un Thomas Hobbes que proporcionó entonces una teoría política de emergencia en la que el Leviatán protegía la libertad, pero tan sólo la propia de la esfera «of private life in which people pursued their business, their social activities, and their cultural interests undisturbed»⁴¹. Cuando llegó el momento adecuado, Locke, lejos de heroísmos, tal y como reconocen los dos historiadores, «provided

³⁷ Tal es la opinión de Muller (1967): *op. cit.*, p. 182, donde este autor la adjetiva como «apex of liberal humanism». En el libro hay una síntesis interpretativa sobre el objeto en Coates y White (1966): *op. cit.*, pp. 177-220.

³⁸ Secular en Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 96. En p. 278 leemos lo siguiente: «During the first half of the eighteenth century democracy had little appeal for the liberal thinkers of the Enlightenment».

³⁹ Véase *ibid.*, pp. 275-300, Cap. 10: «Civil and Political Freedom».

⁴⁰ *Ibid.*, p. 104. La cursiva es de los autores.

⁴¹ *Ibid.*, p. 107.

the rising middle class with a popular theory which in effect sanctioned their role in a society still shot through with vast social inequalities»⁴².

Esta combinación de sociologismo y formalismo anulaba cualquier impulso que los autores quisiesen dar a su narrativa⁴³. Quizá las elecciones de los seres humanos fuesen las protagonistas de esta historia, pero ni el sujeto que da sentido a la obra ni los capítulos que la componen permiten deducirlo. En «The Burden of History» Hayden White había cristalizado una forma modernista de escribir historia. Sin embargo, *The Emergence* es, en lo que respecta a la forma de la historia y a la concepción de los seres humanos en ella, la otra cara de la moneda que representó la obra mucho más radical, pero igualmente mecanicista, de C. B. MacPherson⁴⁴.

Efectivamente, el mecanismo narrativo de *The Emergence* no se demuestra todo lo engrasado que se quisiera. No porque sea abiertamente contrario a las propuestas de «The Burden of History», sino porque no se puede usar un aparato narrativo como el de este libro inocentemente. Aunque White parta de la discontinuidad y el presente como problema, la dependencia de ese sujeto trascendental convierte su relato en una gran narrativa tradicional. *The Emergence* es una afirmación clara y rotunda de la validez del humanismo liberal en unos tiempos en los que la convulsión social sacudía la «civilización occidental». La fotografía de la Ilustración que nos ofrecen los autores, aunque no exenta de contradicciones y alguna crítica ocasional al tratamiento de lo llamado irracional, es considerablemente más benigna que la publicada por White en su *Metahistory*. De hecho, destacan que la última gran aportación de la Ilustración al humanismo es lo que llaman «humanitarismo»⁴⁵.

No es difícil encontrar en la imagen de la Ilustración que nos aporta *The Emergence* una deuda más que evidente con el filósofo neokantiano Ernst Cassirer. La visión de Cassirer, como la de Burckhardt en lo tocante al Renacimiento, configuró una imagen de la Ilustración que ha perdurado hasta hoy por motivos netamente políticos⁴⁶. Cuando Cassirer afrontó la filosofía del Siglo de las Luces lo hizo con una piedad filial. Su gran estudio se publicó en alemán dos años después del debate que mantuvo con Martin Hei-

⁴² *Ibid.*, p. 113.

⁴³ Mezcla que tiene su más temprana muestra en su primera obra publicada; véase White, H. (1957): «The Printing Industry from Renaissance to Reformation and from Guild to Capitalism», *Stechert-Hafner Book News*, 11, pp. 61-62, 73-74.

⁴⁴ Macpherson, C. B. (2011): *The Political Theory of Possessive Individualism. Hobbes to Locke*, Don Mills, Oxford University Press. El original es de 1962.

⁴⁵ «Humanitarismo» en Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 206.

⁴⁶ Para un ensayo-resena sobre algunas diferentes visiones acerca de la Ilustración, véase Israel, J. (2006): «Enlightenment! Which Enlightenment?», *Journal of the History of Ideas*, 67 (3), pp. 523-545. Para este experto en el pensamiento ilustrado puede hablarse de dos Ilustraciones, una radical y otra conservadora, con la figura clave de Spinoza como elemento divisorio de clasificación.

degger en 1929⁴⁷. En dicho debate, la filosofía europea, a duras penas unida por la fenomenología, acabó por partirse en dos mitades claramente opuestas: una, la que derivaría de Cassirer y la afirmación de la posibilidad de un conocimiento científico; otra, la que descendería de Heidegger a través del existencialismo y la filosofía francesa (post)estructuralista. Aun cuando puede decirse que el debate acabó en tablas, cualquier encuentro con Heidegger se decantaba siempre del lado de éste, aunque sólo fuera, como pasaba en la mayoría de los casos, por desesperación del oponente ante las evasivas y maniobras incomprensibles del filósofo de la Selva Negra.

En este campo de batalla es fácil suponer dónde se iba a situar el humanismo y dónde el antihumanismo. Para Cassirer la Ilustración fue un momento y una filosofía a los que acogerse en tiempos en los que su herencia parecía peligrar a manos, precisamente, de pensadores como Martin Heidegger y de lo que éste podía representar. *Filosofía de la Ilustración* es un ensayo de legitimación de una postura filosófica y moral en el presente asfixiante del periodo de entreguerras (1931). La Ilustración, nos dice Cassirer, no sólo justifica la autonomía del pensamiento –su libertad– y su capacidad para realizarse, sino también ese rasgo del ser humano como ser moral al que los ilustrados llamaron «perfectibilidad». El conocimiento es posible y el acuerdo, o la comunicación, también. La Ilustración es el triunfo definitivo de un progreso que nos ha llevado del mito al logos; ahora, bajo la amenaza del irracionalismo, volvemos a arrojarnos de nuevo al mito. Todo lo que no suscriba y sustente esta aventura, como fue el caso de la filosofía asociada con Heidegger, es un asalto a la Razón cuyas consecuencias políticas son imprevisibles y, a buen seguro, desastrosas⁴⁸.

En definitiva, Cassirer establece lo que White llamaría una *figura* de promesa y cumplimiento entre la Ilustración del siglo XVIII y su propio momento en el periodo de entreguerras. Por esta razón, para *The Emergence* la Ilustración es un todo que no sólo no admite la división que recientemente ha propuesto Jonathan Israel en la historia intelectual, o la visión negativa, pero igualmente monolítica, que Antonio Negri ha venido sosteniendo en la filosofía política, sino que se ha constituido como el antecedente más inmediato de la postura humanista y racionalista de la cultura del siglo XX. Ésta, antes de sucumbir a sus propios extremos, tuvo que afrontar los excesos del siglo XIX, provocados por una suerte de «caída» desde el momento armónico de la filosofía ilustrada en general y kantiana en particular⁴⁹.

⁴⁷ Para este debate, véase Gordon, P. E. (2010): *Continental Divide. Heidegger, Cassirer, Davos*, Cambridge, Harvard University Press.

⁴⁸ Para este temor y peligro, véase Cassirer, E. (1985): *El mito del estado*, México, Fondo de Cultura Económica.

⁴⁹ Véanse Israel, J. (2001): *Radical Enlightenment. Philosophy and the Making of Modernity, 1650-1750*, Princeton, Princeton University Press; Israel, J. (2006): *Enlightenment Contested. Philosophy, Modernity and the Emancipation of Man, 1670-1735*, Princeton, Princeton University Press. Para

Debido a que la Ilustración se concibe al modo de Cassirer, esto es, como un movimiento intelectual más o menos homogéneo de auto-realización del logos, *The Emergence* no considera que haya una Ilustración radical y otra conservadora –aunque la cuestión de Rousseau sigue siendo espinosa–, ni que ésta vaya más allá del siglo XVIII, a cuyos cien años esta fabricación cultural da nombre. Spinoza tampoco desempeña ningún papel, ni, por supuesto, se establece relación alguna entre el Siglo de las Luces y el «totalitarismo». Semejante tarea habría de estar reservada a Karl Popper y a las diferentes críticas a las que llamaremos, laxamente, posmodernistas. Si bien *The Emergence* presta mucha más atención al contexto de las ideas ilustradas, en ningún caso va más allá de éstas entendidas como entidades autónomas. La Ilustración es una unidad que prelude al liberalismo como tal y a la «ordalía» de ambos en las vicisitudes de los siglos XIX y, sobre todo, XX⁵⁰. Cassirer, en definitiva, nos da las claves para entender la trama narrativa de los dos volúmenes de esta historia intelectual europea.

4. THE EMERGENCE ANTE EL «DESACUERDO»: EL LIBERALISMO LIDIA CON LA DEMOCRACIA

The Emergence pone el acento en el «humanitarismo» renacentista, al que los ilustrados dan un giro espectacular. La idea de progreso se entrelazó íntimamente con esta nueva concepción del mundo. Es una «modern Western creation» que focalizaba su atención «on the here-and-now conditions of mankind»; lo que, de hecho, implicaba «a new concept of social reform –not the mere alleviation of human suffering by personal kindness but the desire to renovate society by the extirpation of social evils which were at once the cause of distress and centers of power»⁵¹. El racionalismo, por tanto, se aplicaba a un mundo social cuya forma y contenido se veía de un modo diferente a como se había visto antes. La intervención del Estado para evitar la desigualdad era algo que Rousseau contempló como necesario⁵². Las implicaciones dialécticas que la cita anterior podría haber desatado no se llevaron, sin embargo, hasta las últimas consecuencias. Tampoco pudo hacerse tal cosa; no, al menos, hasta la Revolución Francesa. Efectivamente, este humanitarismo, que parece ser la clave del legado ilustrado, en realidad nos remite a un tiempo previo a la política tal y como la entendemos tras la experiencia del

Negri, véase Negri, A. (1994): *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias/Prodhufi. Para ambos Spinoza es fundamental, pero mientras que para Israel Spinoza funda la Ilustración radical, que es contestada por Locke, para Negri Spinoza discurre hasta nuestro presente como alternativa a la Ilustración.

⁵⁰ El segundo volumen se titula *The Ordeal of Liberal Humanism* (1970).

⁵¹ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 206.

⁵² «Precisamente porque la fuerza de las cosas tiende siempre a destruir la igualdad es por lo que la fuerza de la legislación debe tender siempre a mantenerla». Cita en Rousseau, J.-J. (2003): «Del contrato social», *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Alianza, p. 76.

siglo xx. Representa, como en el caso de Cassirer, una cierta nostalgia por el mundo previo a la «caída» en los excesos ideológicos, frecuentemente políticos, del mundo de la Revolución Francesa, las revoluciones liberales y los levantamientos obreros. De hecho, los jacobinos, primeros exponentes por excelencia de la política contemporánea, son presentados como una distorsión radical y una lectura casi fanática de los aspectos más discutibles de algunos pensadores ilustrados. Pero, de algún modo, este humanitarismo parece fundamentar lo que será la política contemporánea al prefigurar su campo de acción: la sociedad.

Sin embargo, este humanitarismo rechaza recorrer ese camino por completo, seguramente debido a la ausencia de un sujeto social capaz de articular esta aventura y permitir a los *philosophes* salir de las fantasías universales sobre el Hombre y los límites de su imaginación política, que situaba el peso de la acción en las ideas o en los poderes feudales o absolutistas⁵³. La incapacidad para imaginar una alternativa al sujeto representado por el poder regio hasta la llegada de la Revolución Francesa, conociendo las experiencias inglesa y neerlandesa, es una marca de la ideología tan fuerte como lo es su desconocimiento. El cinismo que puede generar la primera no debilita en nada su fortaleza. Una marca ésta, la de la preeminencia de la «moral» humanista sobre la acción «política», que permanecerá como un mensaje ideológico permanente en la filosofía liberal contemporánea. La Ilustración «liberó» al ser humano de un destino controlado por la religión, pero no pudo pensar su mundo como una *polis* partida por un «desacuerdo» fundamental sobre el que la «sociedad» funcionaba. El liberalismo fue su principal heredero en este aspecto. La condena que el liberalismo ha tendido a arrojar sobre la «política» –entendida como irrupción incontrolable del «desacuerdo» frente a la «moral», que debe ser vista como una forma de gestionar y desactivar el desacuerdo, obligando al individuo a buscar la mejor vida posible dentro de unas condiciones que no puede no ya transformar, sino delimitar– también se proyecta en esta obra. Tal es el caso de Rousseau, el *philosophe* más político –si así puede hablarse– sobre el que *The Emergence* no duda en arrojar una sombra de duda y crítica que oscila entre la ambigüedad y el rechazo. En definitiva, Ilustración y «política» nunca han mezclado bien sus esencias, aunque la pertinaz tendencia, en el pensamiento liberal y también en el posmoderno, de ver en Rousseau al padre del «totalitarismo» no deja de ser significativa de la pervivencia de ideologemas propios de la Guerra Fría que señalan quién obtuvo una victoria decisiva en 1989, tal y como cantó alborozado Francis Fukuyama⁵⁴.

⁵³ La relación entre Voltaire y Catalina II por un lado, y Kant y Federico II, por otro, es significativa.

⁵⁴ La visión sobre Rousseau –aunque el enemigo real era Hegel y, a través de éste, Marx– como padre del «totalitarismo» moderno ha conocido una larga genealogía cuyos orígenes más inmediatos deben remitirse a Popper –quien lanzaba su genealogía hasta Platón–, para el liberalismo, y a una lectura particular de Adorno, para cierta izquierda posterior a 1968 dispuesta a aceptar la categoría «totalitarismo». Aunque, como bien señala Carreras Ares, J. J. (2000): «Fin de siglo y milenarismos invertidos», *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*, Madrid y Zaragoza, Marcial Pons y PUZ,

Y es que para toda historia de las ideas que mantenga una fuerte deuda con el idealismo, cualquier torsión en una idea sólo puede venir de una mala interpretación o una corrosión irracionalista del pensamiento, una suerte de descenso al mito que amenaza con devorar el logos. De ahí que dos fenómenos tan dispares como el fascismo y el comunismo puedan ser agrupados como una misma amenaza de regresión mítica «totalitaria», que en realidad no es sino una defensa desesperada del ideograma liberal de la libertad de mercado. Ya que, según reza la vulgata liberal sobre el asunto, tanto fascismo como comunismo habrían ahogado y controlado todos los resquicios del mundo privado y, por ende, dice el liberalismo, de la propia libertad. Así las cosas, por un lado se lograba identificar fascismo y comunismo bajo la etiqueta de «totalitarismo», desacreditando al segundo por ser lo mismo que el primero; por otro, se eliminaba la inoportuna y vergonzosa relación entre el fascismo y el liberalismo, que, casos como el del ministro liberal de economía Hjalmar Schacht, señalaban de un modo punzante que esta relación no fue ninguna casualidad⁵⁵.

Después de las grandes síntesis de Kant y Goethe la Ilustración mostró su peor rostro en la Revolución Francesa⁵⁶. El aspecto anárquico –según Coates y White– y dictatorial de Rousseau fue lo que predominó en la lectura de sus discípulos Robespierre y Saint-Just. Rousseau, en opinión de Coates y White, «opposed the only mechanism of popular government which has proved workable in the modern state, namely, that of representative democracy»⁵⁷. Y es que si Rousseau fue el filósofo favorito de los jacobinos, y logró ir más allá que cualquier otro *philosophe*, esto se debió a que la obra del ginebrino contenía «a concept of social freedom which neither Voltaire and Diderot nor

p. 344, el alcance de la crítica de la Ilustración mediante la mirada de la «sospecha», de claro corte nietzscheano, que es tanto como decir la crítica de los grandes relatos, no fue tan profunda hasta la relectura posmoderna de lo sucedido durante la Segunda Guerra Mundial. En esta nueva lectura, la condición posmoderna revitalizó los motivos de obras tan contrapuestas como las de Popper y Adorno para llevar a cabo una auténtica guerra contra el pensamiento de la totalidad -Marx y Hegel-, que fue abusivamente identificado con el pensamiento «totalitario», tal y como hizo Jean-François Lyotard en numerosas ocasiones –véase Lyotard, J-F. (1993): *The Postmodern Explained. Correspondence 1982-1985*, Minneapolis, University of Minnesota Press, p. 16 por ejemplo. En la década de 1960, en la historia de las ideas cabe destacar el libro de Kelly, G. A. (1969): *Idealism, Politics, and History. Sources of Hegelian Thought*, Londres, Cambridge University Press, donde, sin embargo, contrapuesto a Fichte y Hegel, Rousseau aparece como un campeón de la medida, el respeto a la naturaleza humana y a la rica variedad de la vida.

⁵⁵ Para la crítica liberal posterior a 1945 fue sencillo y conveniente reducir el fascismo a la intervención del estado en forma de economía planificada de guerra (un invento, en realidad, de las potencias occidentales de la Primera Guerra Mundial), y el nazismo al Holocausto, olvidando para ello la función que este fascismo había desempeñado en las relaciones laborales y en la gestión política del «desacuerdo». Para el «totalitarismo», categoría fundamental de la Guerra Fría, nos remitimos a Traverso, E. (2001): *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba.

⁵⁶ Véase Coates y White (1966): *op. cit.*, pp. 217-218.

⁵⁷ Véase *ibid.*, pp. 291-292.

the physiocrats and Adam Smith were prepared to entertain»⁵⁸. La lectura de Rousseau por los jacobinos, si bien no destruyó el concepto de soberanía trascendental, lo aplicó en la defensa y construcción de un modelo de sociedad y futuro completamente nuevos, revelando un nuevo «desacuerdo» bajo unas formas antes no conocidas en la Francia absolutista. En Estados Unidos, este desacuerdo, que inevitablemente convertiría las leyes en armas blandidas por una parte de la sociedad contra otra mayoritaria, ya era, por el contrario, bien conocido. Aunque Madison no aparezca en esta obra, dejemos que sea él, en representación de los muy «lockeanos» Padres Fundadores norteamericanos, quien nos ayude a situar la importancia de Locke en esta narrativa:

A still more fatal if not more frequent cause, lies among the people themselves. All civilized societies are divided into different interests and factions, as they happen to be creditors or debtors –rich or poor– husbandmen, merchants or manufacturers –members of different religious sects– followers of different political leaders –inhabitants of different districts– owners of different kinds of property [...]. In republican Government the majority however composed, ultimately give the law. Whenever therefore an apparent interest or common passion unites a majority what is to restrain them from unjust violations of the rights and interests of the minority, or of individuals?⁵⁹

Ahora bien, lo que se está dirimiendo en este reconocimiento es la clausura narrativa del libro. Que es, como sabemos, el acto que resignifica el resto de la obra⁶⁰. Después de 1789 todo adquiere una valencia política diferente de la que tenía anteriormente. Una vez pasada la revolución, las diferencias entre los ilustrados respecto a la propiedad y la igualdad se dispararían, dando lugar a los diferentes movimientos políticos del siglo

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 317 y 337.

⁵⁹ Madison, J. (2006): «Vices of the Political System of the United States. April 1787», *Selected Writings of James Madison*, Indianapolis, Hackett Publishing Co., p. 40. Locke es imprescindible para entender a los Padres Fundadores. Recuérdese que Louis Hartz, uno de los principales y mejores exponentes de la historiografía del «consenso», no anduvo nada desencaminado a la hora de destacar la influencia de Locke en la filosofía política norteamericana -en realidad Hartz lo hizo extensible al «carácter» social y moral estadounidense. Véase Hartz, L. (1955): *The Liberal Tradition in America. An Interpretation of American Political Thought since the Revolution*, Nueva York, Harcourt, Brace. Y el estudio más actual de Gilchrist, B. (2006): *Cultus Americanus. Varieties of the Liberal Tradition in American Political Culture, 1600-1865*, Lanham, Lexington Books. Harold Laski, contra cuyas ideas en cierto modo está escrito *The Ordeal of Liberal Humanism*, afirmaba de Madison y su labor constitucional lo siguiente: «Su único propósito fue impedir que las masas invadieran esos derechos; y obtuvieron éxito en su esfuerzo». Esos derechos vinieron determinados por la fundación de Estados Unidos: «Él fue el autor de esa interpretación constitucional que [...] dio a las pretensiones de la propiedad su lugar especial en el sistema norteamericano». Según Laski, ahora (década de 1930) ese sistema se hallaba en peligro, y debía escoger entre la democracia o esa propiedad que sirvió de pilar para la fundación de Estados Unidos. En Laski, H. J. (1981): *El liberalismo europeo*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 215. La edición original es de 1936

⁶⁰ Véase Kermode, F. (2000): *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*, Oxford, Oxford University Press.

xix⁶¹. Pero antes había quedado claro que Rousseau, en tanto crítico con el sistema representativo, que según hemos podido leer en esta obra es el mejor sistema posible, podía ser alistado en las fuerzas del terror. Cosa que, según se deduce de *The Emergence*, no podía ocurrir con John Locke. Porque la versión de la democracia que sustentan Coates y White es claramente descendiente del gobierno representativo de la obra del escritor inglés, quien, a su vez, tiene un protagonismo en esta obra sin parangón con el resto de los pensadores que aparecen en sus páginas⁶². Este protagonismo no puede ser una sorpresa, habida cuenta de la consideración de John Locke como uno de los padres del sistema de gobierno representativo basado en el voto propietario y el respeto a una constitución que consagra el derecho de la propiedad como un derecho fundamental.

Respecto a los *philosophes*, el hecho de que éstos no apoyaran en su mayoría el programa político de John Locke no se debió a otra cosa que a las diferencias de contexto que había entre Inglaterra y Francia, según parece decirnos *The Emergence*. Así pues, no sólo se rescata el humanismo liberal de los aspectos más regresivos que los ilustrados franceses le habían adherido, sino que también se propone su identificación final con la democracia –representativa. Tal y como nos ha dicho la teoría de la modernización, las relaciones entre ambos dependen en última instancia de un adecuado desarrollo de ciertas condiciones sociales y materiales. Todo debe estar en su sitio para que esa relación no se quiebre y aflore por esa fisura el despotismo popular o la dictadura caudillista –léase en el lenguaje de la Guerra Fría, «totalitarismo». Para entender mejor esta posición liberal, hagamos un pequeño excursus de nuevo por territorio estadounidense.

Ya hemos oído a James Madison reconocer el desacuerdo de un modo que la Ilustración europea difícilmente podría haber logrado, a pesar de compartir la Atenas de Pericles como objeto predilecto de la reflexión moral y política. Pero Madison se asomó a un abismo que ni Voltaire ni Rousseau pudieron haber imaginado⁶³. Para huir del mismo destino que la Atenas de Pericles y la Convención francesa de 1792, el liberalismo se

⁶¹ Véase Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 324. Para la visión que aquí manejamos sobre la Ilustración y la relación de ésta con la propiedad es preciso consultar el extraordinario libro de Wood, E. M. (2012): *Liberty and Property. A Social History of Western Political Thought from the Renaissance to the Enlightenment*, Londres, Verso, pp. 289-317.

⁶² Más allá de la evidente presencia espectral de Locke, puede consultarse el número de entradas que hay en el índice onomástico en Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 352. Locke es nombrado en diferentes áreas temáticas un total de 12 veces; y se revisan sus escritos en relación con objetos varios y diversos personajes en 20 ocasiones o entradas. Las cifras de Rousseau son sensiblemente menores: 10 veces nombrado y 13 temas con alguna repetición en distintas partes del libro. Kant es nombrado 5 veces y su obra es vista en relación con diversos temas y personas 11 veces. Spinoza es prácticamente irrelevante. Hay que decir que el protagonismo indiscutido de John Locke no deja de ser una relativa novedad en comparación con Cassirer, E. (1984): *Filosofía de la Ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica.

⁶³ Para el miedo de los Padres Fundadores ante la experiencia revolucionaria popular, véase Zinn, H. (2005): *A People's History of the United States*, Nueva York, Harper Perennial, pp. 59-102

presentó como un «justo medio» de clara inspiración aristotélica⁶⁴. Los Padres Fundadores estadounidenses se dividieron pronto entre aquellos partidarios de un poder federal fuerte capaz de repeler las invasiones externas y las insurrecciones internas, por un lado, y los partidarios de la plena autonomía de los diferentes estados que componían la Unión, por el otro. Así lo veían los llamados «federalistas»:

On the other hand, it will be equally forgotten that the vigor of government is essential to the security of liberty; that, in the contemplation of a sound and well-informed judgment, their interests can never be separated; and that a dangerous ambition more often lurks behind the specious mask of zeal for the rights of the people than under the forbidding appearance of zeal for the firmness and efficiency of government. History will teach us that the former has been found a much more certain road to the introduction of despotism than the latter, and that of those men who have overturned the liberties of republics, the greatest number have begun their career by paying an obsequious court to the people, commencing demagogues and ending tyrants⁶⁵.

De acuerdo con lo que había sucedido con los casos de Cayo Mario o Cayo Julio César, por no mencionar a Pericles, tanto Jefferson como Madison consideraban que un hombre en deuda no podía tener autonomía para evitar vender su voto o su fuerza a un caudillo, por lo que era preciso que ese ciudadano pudiese conseguir sus propias tierras y evitase caer en la abyección de su propia servidumbre. De hecho, para los Padres Fundadores la categoría ideal de ciudadano tenía una clara resonancia romana; y por esa razón debía estar vinculada a la posesión de los suficientes medios de vida como para no venderse al servicio de nadie. El gobierno tenía que limitarse a darle esa oportunidad. No debería tener otra función. Este es uno de los sentidos de la «búsqueda de la felicidad» de Thomas Jefferson, quien, durante su primera presidencia, compró la gigantesca Louisiana para hacer este sueño liberal posible (1802). De todo ello se deduce que el modelo de ciudadano que tenían ambos en mente era muy similar al de John Locke: el de pequeño productor agrario. Esa posición, tan histórica y política como el modelo político que se derivaba de ella, constituye el límite exterior, la frontera por así decir, del pensamiento político que fundó la república estadounidense. Los escritos políticos fueron en consecuencia; y los temores también. Ya hemos visto el punto de vista que durante la Revolución Inglesa expresó Thomas Ireton: la libertad no puede ser universal si se quiere conservar la propiedad. Madison también opinaba lo mismo, aunque con

⁶⁴ Para este aspecto, véase Domènech, A. (2004): *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica, pp. 45-72.

⁶⁵ Hamilton, A., Madison, J., Jay, J. (2008): *The Federalist Papers*, Oxford, Oxford University Press, p. 40. Este fragmento está tomado del ensayo número 1 que abrió la publicación *The Federalist*. La autoría es, con toda probabilidad, de A. Hamilton, conocido partidario del gobierno representativo frente al democrático, así como de un régimen plutocrático al más puro estilo de la antigua Roma republicana.

un matiz muy típico de los Padres Fundadores: una auténtica obsesión por la limitación del poder, fuese éste ejecutivo o popular: «Liberty may be endangered by the abuses of liberty, as well as by the abuses of power»⁶⁶.

5. UNA CLAUSURA AMBIGUA PERO NECESARIA: EDMUND BURKE

Al igual que los teóricos políticos durante la Revolución Inglesa, Madison también capturó la relación antagonista que organizaba la sociedad. Para Madison, la disyuntiva entre representación y democracia se resolvía ella misma al exponer los casos de Grecia y Roma:

To restrain it [el derecho de participación política] to the land holders will in time exclude too great a proportion of citizens; to extend it to all citizens without regard to property, or even to all who possess a pittance may throw too much power into hands which will either abuse it themselves or sell it to the rich who will abuse it. I have thought it might be a good middle course to narrow this right in the choice of the least popular, & to enlarge it in that of the more popular branch of the Legislature.⁶⁷

El espíritu de estas palabras ha sido una voz constante en la extensa y diversa familia de la teoría política liberal. Pero, y volviendo ya a *The Emergence*, la que cierra el libro es precisamente la conservadora voz de Edmund Burke. Este escritor inglés, padre de una célebre estética conservadora y del imaginario anglosajón contrarrevolucionario, es una clausura un tanto ambigua del libro, pero perfectamente congruente con el miedo que las citas de Madison o Ireton revelan. Después de que la Revolución Francesa evidenciase el evento monstruoso del «desacuerdo», completamente desbocado bajo el periodo jacobino, es perfectamente coherente para un libro que canta la «emergencia del humanismo liberal» acabar con cierto retorno –no podía ser tal tampoco– a la calma, aunque ésta estuviese menos confiada en sus posibilidades y, sin embargo, se agitate mucho más perturbada. En Burke se encuentra el supuesto gradualismo de la Revolución Inglesa; la naturalidad, afirma Burke, de la evolución de los acontecimientos en ese país frente a la brutalidad de unos cirujanos –revolucionarios– que abrieron en canal el país vecino, desviando a la sociedad del curso natural de los acontecimientos⁶⁸. No en vano, Edmund

⁶⁶ Madison (2006): «Further Justification of the Senate, Especially the Length of the Term in Office. *Federalist* No. 63, March 1, 1788», *op. cit.*, p. 140. En este artículo Madison defendía -repassando la historia de Cartago, Esparta y Roma- la necesidad de un senado o «of some institution that will blend stability with liberty» (p. 139). Con ello se refería no sólo a posibles insurrecciones populares, sino a una toma del poder, o tendencia a convertirse en aristocracia -corrupción en el lenguaje de Madison-, por parte de la Casa de Representantes.

⁶⁷ Madison (2006): «Constitutional Principles. To Caleb Wallace, August 23, 1785», *op. cit.*, pp. 31-32.

⁶⁸ Véase Burke, E. (1993): *Reflections on the Revolution in France*, Oxford, Oxford University Press. Es difícil exagerar la importancia de este libro en la configuración del imaginario contrarrevolucionario liberal.

Burke es uno de los primeros y principales teóricos de la estética como forma de dominio que debía complementar a la fuerza bruta⁶⁹. Por ello, si bien es coherente con la narrativa del libro, especialmente necesaria tras el giro infernal que Rousseau y los jacobinos protagonizan, su figura fuertemente conservadora —algo destacado por Coates y White—, pero no «totalitaria» en el lenguaje de la Guerra Fría, como dejan implícito los autores, no deja de arrojar una cierta sombra pesimista sobre el futuro del humanismo liberal, por un lado, y una condena —o al menos advertencia— sobre la ingeniería política y social revolucionaria, por el otro.

Para Burke el pasado constituía una «storehouse of wisdom and experience to guide the nation in the present and in the future»⁷⁰. La historia aparecía como una *magistra vitae*, que es la forma de la historiografía propia del tiempo previo a la modernidad⁷¹. Los autores le atribuyen por ello un conservadurismo esencial que se confirma cuando poco después opone dramáticamente necesidad y elección. Burke, como conservador partidario del azote de la mano sublime, parte en dos lo que Kant y Goethe habían logrado sintetizar. Y esto es algo que los autores parecen no perdonarle. Sin embargo, la historia como almacén de experiencias que pueden rescatarse para edificar moralmente nuestro presente es lo que las lecturas «morales» de «The Burden of History» han promovido. David Harlan, Richard Rorty por otros medios, o en determinados momentos Keith Jenkins, han establecido que éste es el único proceder válido para la historia⁷². Ninguno de los tres, en cambio, parece respetar la equilibrada síntesis kantiana que con tanto cuidado White trataba de conservar.

Burke fue un «exponent of the era that ended in Western Europe within a generation after his death»; pero también «an exponent of the new era of historical consciousness»⁷³. Más que un cierre bisagra, que es lo que se pretende, Burke es un cierre incierto. Con ello White pretende criticar el conservadurismo de una profesión que no quiere destruir la «carga de la historia». Pero esta andanada deja en mal lugar a la historiografía como maestra de la vida, esto es, como reflexión moral acerca de los seres humanos. Burke, que alabó la fuerza tiránica y masculina de lo sublime, pertenece a un mundo periclitado entre 1789 y 1830. Pero las partes de su obra estética dedicadas a la belleza y a la elección parecían casar muy bien con el modelo de domesticidad familiar y el de hegemonía cultural que autores

⁶⁹ Véase Eagleton, T. (2006): *La estética como ideología*, Madrid, Trotta, pp. 110 y ss.

⁷⁰ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 342.

⁷¹ Véase Koselleck, R. (2004): «Historia Magistra Vitae. The Dissolution of the Topos into the Perspective of a Modernized Historical Process», *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 26-42.

⁷² El libro de Harlan, D. (1997): *The Degradation of American History*, Chicago, Chicago University Press, al que se le dedica un capítulo en Jenkins, K. (1999): *Why History? Ethics and Postmodernity*, Londres, Routledge, es el exponente más claro de esta perspectiva.

⁷³ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 346.

como Matthew Arnold consideraban apropiados para la sociedad inglesa del siglo XIX. La pregunta por dónde queda la historia como almacén de ejemplos bien pudiera ser un misterio para nosotros. Pero no lo fue para ninguno de los dos escritores ingleses. La historia desempeñaba una mediación estética importante. Por otra parte, todos los mecanismos narrativos pensables en el periodo fueron desnudados por Nietzsche poco tiempo después, incluso aquél que podía desempeñar el papel de la superación⁷⁴. Sólo el espectro –frecuentemente mal traducido– de Ranke podía mantener una ficción que se encaminaba a fines del siglo XIX hacia la «crisis del historicismo» definitiva⁷⁵.

Así pues, Coates y White concluyen apuntando que aunque Burke y su sombra se proyectaron con fuerza, tanto su pensamiento como el de la Revolución Francesa «were absorbed into Western European liberalism»⁷⁶. ¿Están sugiriendo la existencia de una vía liberal diferente a la legada por el escritor inglés y la revolución? El resto del libro y las palabras finales no animan esta perspectiva. Tal cosa exigiría de inmediato una ruptura del sujeto trascendental. Por ello no se atisba la redención de un pasado liberal mediante la constelación que Walter Benjamin reclamaba. Quizá porque, para disgusto de los autores, no puede haber tal cosa. La conclusión de la lectura de *The Emergence* parece confirmarlo. No existe nada que no caiga dentro de lo previsto. Nada, en definitiva, que no pueda ser absorbido por el humanismo liberal, lo que, por otra parte, es una inesperada versión amable de la asimilación imperialista. Si se pretendía la liberación de la imaginación histórica no podemos decir que se haya conseguido, a no ser que sigamos considerando a Fausto un personaje universal y a la expansión colonial una epopeya. Esta liberación exigirá más trabajo por parte de White.

El problema, sin embargo, reside en la toma de otra dirección a la precisada. White escogió el camino que la ideología humanista liberal había trazado, siguiendo, por tanto, una vía muerta. Pues el juego, como en la teoría de la modernización, resulta ser un juego de suma cero. La síntesis kantiana de la que *Filosofía de la Ilustración*, de E. Cassirer, se hacía heredera, aparece en este momento como un trabajo ideológico que sólo la tradición de Marx pudo desentrañar. Y, sin embargo, el viaje que emprendió White no le llevó de Kant a Marx, sino precisamente en el sentido contrario; esto es, en el sentido que el liberalismo estadounidense posterior a la crisis de 1967/1968 y la Guerra Fría iban a señalar.

⁷⁴ Nos referimos a las tres formas de la relación entre el pasado y el presente que se encuentran en Nietzsche, F. (2003): *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida. [II Intempestiva]*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. Estas formas son la monumental, la anticuaría y la crítica.

⁷⁵ Véanse los dos artículos de Paul, H. (2008): «A Collapse of Trust. Reconceptualizing the Crisis of Historicism», *Journal of the Philosophy of History*, 2 (1), pp. 63-82; y, en relación con White, «Hayden White and the Crisis of Historicism», en Ankersmit, F., Domanska, E., Kellner, H. (eds.) (2009): *Re-Figuring Hayden White*, Stanford, Stanford University Press, pp. 54-73.

⁷⁶ Coates y White (1966): *op. cit.*, p. 346.

6. MÁS ALLÁ DE LA «EMERGENCIA»: CONCLUSIONES A THE EMERGENCE

La lectura de *The Emergence* puede llevarnos a concebir dos tipos de historia humanista liberal que no sólo no son opuestos, sino que además son complementarios. Uno, el de los grandes hombres o ideas que eligen su destino y dan forma al paso del tiempo; otro, el del desarrollo de unas ciertas condiciones materiales y sociales necesarias para que la libertad encuentre su adecuado sitio de emergencia⁷⁷. Thomas Carlyle, Lord Acton, Alexis de Tocqueville o Walt W. Rostow, guardando las grandes diferencias y matices, entran dentro de estos límites⁷⁸. Ambas variantes encuentran su punto de unión en la universalidad de un tipo de sujeto, el Hombre Moderno o Universal, una misma infraestructura narrativa y un mismo dualismo ontológico. Son estos elementos, aunque leídos y reescritos en diferentes contextos, los que limitan gravemente la propuesta de Hayden White, pues se repetían las condiciones de su presente al mismo tiempo que se decía superarlo.

El historicismo, la concepción *whig* de la historia o la teoría de la modernización contienen trabajos ideológicos de desplazamiento similares, pero ni mucho menos reducibles a un solo mecanismo o motivo. El principal efecto simbólico consiste en la neutralización o desactivación de la Historia, entendiéndola en este momento mediante las categorías de la explotación, la totalización sartriana y, dentro de la creación de situaciones –de nuevo Sartre–, la posibilidad del brote de lo inesperado y lo enteramente diferente. Rescatar uno de los mecanismos narrativos de esta neutralización y presentarlo como la solución al problema de la función de la historia en los años sesenta, que en realidad era –y es– un problema político de primer orden, exige una labor crítica de ese instrumento, de su tiempo y del presente en el que se aplica, que sobrepasa el esfuerzo individual. Coates y White no pudieron lograrlo, legándonos en su lugar una historia intelectual de la modernización perfectamente *whig* y weberiana, aunque con espectaculares desviaciones como la reconsideración del mito y momentos de «ordalía» como son los pasajes sobre Rousseau y Robespierre. Porque el problema que White combatía era tanto problema de la disciplina histórica como de la situación de la academia en la sociedad y, en última instancia, del modelo de sujeto y *polis* que estaba en juego.

Como bien nos sugirió Sartre en *¿Qué es la literatura?* a propósito de «para quién» se escribía, ese problema era el de un público cuyos ideogramas no podían ir más allá de lo que James Madison había pensado como frontera del pensamiento político. La «inocencia» del humanismo liberal que abre este artículo, no es sino la represión de un acontecimiento fundamental bajo una etiqueta moral. Es esta exclusión simbólica del «desacuerdo» como elemento necesario de la organización social lo que fundamentó

⁷⁷ Según Herman Paul, es esta segunda forma de historia liberal -que él no la llama como tal- la que explica el interés de White por Lucien Goldmann; véase Paul (2011): *op. cit.*, pp. 48-52.

⁷⁸ Sobre este aspecto véase Bentley, M. (2005): *Modernizing England's Past. English Historiography in the Age of Modernism, 1870-1970*, Cambridge, Cambridge University Press.

la construcción liberal del relato nacional estadounidense y, por ende, de los cursos de *Western Civilization* sobre cuyo modelo se escribió *The Emergence*.

Dicho de otro modo, el propietario de esclavos Thomas Sutpen, protagonista de *¡Absalón, Absalón!*, no podía ser inocente, como tampoco podía serlo, aunque lo pretendió, John Locke. El propio destino del Ciento de Sutpen (la plantación) acaba por ser una fábula terrible acerca del ideograma de la propiedad privada y los límites que tal ideograma como punto de partida de una historia impone. Leyendo el final de la novela de Faulkner nos es difícil pensar en un desenlace diferente que no hubiese supuesto la completa subversión de las condiciones de posibilidad de esta novela. Por mucho que White torciese esta narrativa heroica del ascenso de la libertad, o por muchos intentos de incluir a un Otro que no admite semejante inclusión sino siendo transformado en una variante subordinada y muda de lo Mismo, la inocencia de la que nos habla Faulkner, esto es, la condición universal del derecho a la propiedad privada, el «adanismo» que encontramos en la compra de la Louisiana por Jefferson, o, por supuesto, el «estado de naturaleza» y el «contrato social» del propio Locke, sólo parece ser la cicatriz de un borrón y cuenta nueva hecho sobre un acontecimiento político fundamental —el comercio triangular, la desposesión del indígena y la acumulación originaria de capital, cuya expresión como «desacuerdo» tomaba la forma en 1966 de intervencionismo militar estadounidense, intercambio desigual entre el centro y la periferia y exclusión de la población afroamericana— que resignifica de un modo escandaloso tanto la narrativa presentada por Hayden White como su sujeto humanista. Es de hecho éste último el que acaba por revelar la miseria particular de las proclamas universales de la «emergencia del humanismo liberal», pues su más perfecta encarnación viene dada por la defensa del ímpetu trágico del propietario, en este caso, el Thomas Sutpen de *¡Absalón, Absalón!*: «De modo que cuando llegó la hora en la que comprendí que para llevar a cabo mis designios necesitaría antes que nada y sobre todas las cosas dinero en cantidades considerables y en un futuro bastante inmediato, recordé lo que había leído y partí hacia las Antillas»⁷⁹.

⁷⁹ Faulkner (2000): *op. cit.*, p. 293. Para la primera formulación de la acumulación originaria y su relación con la expansión colonial europea y el comercio triangular, véase Marx, K. (2007): *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro I, Tomo III, Madrid, Akal, Capítulos XXIV y XXV. Para John Locke, el «contrato social» y la esclavitud, véase Armitage, D. (2004): «John Locke, Carolina, and the *Two Treatises of Government*», *Political Theory*, 32 (5), 2004, pp. 602-627. La propiedad privada, entendida como derecho universal en la teoría liberal, implica un formalismo nada respetuoso del contenido que corre paralelo a la eliminación de las huellas sociales y el valor de uso -lo singular, quien lo ha producido- de una mercancía. Ni Locke ni Jefferson podrían haber teorizado la propiedad privada como derecho fundamental y su sociedad ideal de propietarios sin una previa destrucción simbólica —que se acompaña de una destrucción efectiva— de lo singular, lo local o lo pasado. Por ello a la conquista colonial de mercados le acompaña siempre un proceso de desposesión simbólica que legitima y narra esa aventura. La compra de la Louisiana, como si de un terreno vacío se tratase, es un ejemplo más de esta tendencia inherente a la expansión y el vaciado de huellas o contenido. Para la historia norteamericana según esta lectura, véase Gaido, D. (2006): *The Formative Period of American Capitalism. A Materialist Interpretation*, Londres, Routledge.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Allardyce, G. (1982): «The Rise and Fall of the Western Civilization Course», *American Historical Review*, 87 (3), pp. 695-725.
- Althusser, L. (1978): *Para leer El Capital*, México, Siglo Veintiuno.
- Armitage, D. (2004): «John Locke, Carolina, and the Two Treatises of Government», *Political Theory*, 32 (5), 2004, pp. 602-627.
- Baumer, F. L. (1967): «Willson H. Coates et al., The Emergence of Liberal Humanism: An Intellectual History of Western Europe», *The American Historical Review*, 72 (2), pp. 563-564.
- Bellamy, R. (1987), «Idealism and Liberalism in an Italian ‘New Liberal Theorist’: Guido de Ruggiero’s History of European Liberalism», *The Historical Journal*, 30 (1), pp. 191-200.
- Bentley, M. (2005): *Modernizing England’s Past. English Historiography in the Age of Modernism, 1870-1970*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bertens, H. (2001): *Literary Theory. The Basics*, Routledge.
- Burke, E. (1993): *Reflections on the Revolution in France*, Oxford, Oxford University Press.
- Carreras Ares, J. J. (2000): «Fin de siglo y milenarismos invertidos», *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*, Madrid y Zaragoza, Marcial Pons y PUZ, pp. 336-355.
- Cassirer, E. (1984): *Filosofía de la Ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, E. (1985): *El mito del estado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Coates, W. H., White, H., Salwyn Schapiro, J. (1966): *The Emergence of Liberal Humanism. An Intellectual History of Western Europe*, Volume I, Nueva York, McGraw-Hill.
- Coates, W. H., White, H. (1970): *The Ordeal of Liberal Humanism. An Intellectual History of Western Europe*, Volume II, Since the French Revolution, Nueva York, McGraw-Hill.
- Davies, T. (1997): *Humanism*, Londres, Routledge, 1997.

- Domanska, E. (1994), *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- Domènech, A. (2004): *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica.
- Dussel, E. (1966): *Hipótesis para el estudio de Latinoamérica en la Historia Universal. Investigación del «mundo» donde se constituyen y evolucionan las «Weltanschauungen»*, Chaco, Resistencia.
- Eagleton, T. (1976): *Criticism and Ideology. A Study in Marxist Literary Theory*, Londres, New Left Books/Verso.
- Eagleton, T. (2006): *La estética como ideología*, Madrid, Trotta.
- Faulkner, W. (2000): *¡Absalón, Absalón!*, Madrid, Cátedra.
- Fitzpatrick, E. (2002): *History's Memory. Writing America's Past, 1880-1980*, Cambridge, Harvard University Press.
- Gaido, D. (2006): *The Formative Period of American Capitalism. A Materialist Interpretation*, Londres, Routledge.
- Gilchrist, B. (2006): *Cultus Americanus. Varieties of the Liberal Tradition in American Political Culture, 1600-1865*, Lanham, Lexington Books.
- Gordon, P. E. (2010): *Continental Divide. Heidegger, Cassirer, Davos*, Cambridge, Harvard University Press.
- Gough, J. W. (1967): «Willson H. Coates, Hayden V. White, The Emergence of Liberal Humanism», *The English Historical Review*, 82 (324), pp. 609-610.
- Gunder Frank, A. (1966): *The Development of Underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Gunder Frank, A. (1967): *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Hamilton, A., Madison, J., Jay, J. (2008): *The Federalist Papers*, Oxford, Oxford University Press.
- Harlan, D. (1997): *The Degradation of American History*, Chicago, Chicago University.
- Hartz, L. (1955): *The Liberal Tradition in America. An Interpretation of American Political Thought since the Revolution*, Nueva York, Harcourt, Brace.

- Higham, J. (1973): *History. Professional Scholarship in America*, Nueva York, Harper Torchbooks.
- Hill, C. (1983): «Introduction», en Winstanley, G., «The Law of Freedom» and Other Writings, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 6-68.
- Israel, J. (2001): *Radical Enlightenment. Philosophy and the Making of Modernity, 1650-1750*, Princeton, Princeton University Press.
- Israel, J. (2006): *Enlightenment Contested. Philosophy, Modernity and the Emancipation of Man, 1670-1735*, Princeton, Princeton University Press.
- Israel, J. (2006): «Enlightenment! Which Enlightenment?», *Journal of the History of Ideas*, 67 (3), pp. 523-545.
- Jameson, F. (1981): *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University Press.
- Jenkins, K. (1999): *Why History? Ethics and Postmodernity*, Londres, Routledge.
- Jezer, M. (1982): *The Dark Ages. Life in the United States, 1945-1960*, Boston, South End Press.
- Johnston, W. M. (1967): «Willson H. Coates, Hayden V. White, J. Salwyn Schapiro, The Emergence of Liberal Humanism: An Intellectual History of Western Europe, vol I: From the Italian Renaissance to the French Revolution», *The Journal of Religion*, 47 (2), pp. 157-158.
- Kelly, G. A. (1969): *Idealism, Politics, and History. Sources of Hegelian Thought*, Londres, Cambridge University Press.
- Kermode, F. (2000): *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*, Oxford, Oxford University Press.
- Koselleck, R. (2004): «Historia Magistra Vitae. The Dissolution of the Topos into the Perspective of a Modernized Historical Process», *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 26-42.
- Landes, D. (2003): *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Laski, H. J. (1981): *El liberalismo europeo*, México, Fondo de Cultura Económica.

- LeBlanc, P., Yates, M. D. (2013): *Freedom Budget. Recapturing the Promise of the Civil Rights Movement in the Struggle for Economic Justice Today*, Nueva York, Monthly Review.
- Lorenz, C. (1998): «Can Histories Be True? Narrativism, Positivism, and the 'Metaphorical Turn'», *History and Theory*, 37 (3), pp. 309-329.
- Lyotard, J-F. (1993): *The Postmodern Explained. Correspondence 1982-1985*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Macherey, P. (2006): *A Theory of Literary Production*, Londres, Routledge.
- Macpherson, C. B. (2011): *The Political Theory of Possessive Individualism. Hobbes to Locke*, Don Mills, Oxford University Press.
- Madison, J. (2006): *Selected Writings of James Madison*, Indianapolis, Hackett Publishing Co.
- Marx, K. (2007): *El Capital. Crítica de la economía política*, Madrid, Akal.
- Megill, A. (1987): «The Reception of Foucault by Historians», *Journal of the History of Ideas*, 48 (1), pp. 117-141.
- Negri, A. (1994): *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias/Prodhufo.
- Nietzsche, F. (2003): *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida. [II Intempestiva]*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Novick, P. (1988): *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Association*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Paul, H. (2008): «A Collapse of Trust. Reconceptualizing the Crisis of Historicism», *Journal of the Philosophy of History*, 2 (1), pp. 63-82.
- Paul, H. (2009): «Hayden White and the Crisis of Historicism», en Ankersmit, F., Domanska, E., Kellner, H. (eds.): *Re-Figuring Hayden White*, Stanford, Stanford University Press, pp. 54-73.
- Paul, H. (2011): *Hayden White*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Rancière, J. (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Rostow, W. W. (1993): *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Madrid, Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

- Rousseau, J.-J. (2003): *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Alianza.
- Ruggiero, G. (2005): *Historia del liberalismo europeo*, Granada, Comares.
- Segal, D. A. (2000): «Western Civ' and the Staging of History in American Higher Education», *American Historical Review*, 105 (3), pp. 770-805.
- Thompson, E. P. (1989): *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.
- Traverso, E. (2001): *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba.
- Vann, R. T. (1998): «The Reception of Hayden White», *History and Theory*, 37 (2), pp. 143-161.
- Weber, E. (1999): «Western Civilization», en Molho, A., Wood, G. S. (eds.): *Imagined Histories. American Historians Interpret the Past*, Princeton, Princeton University Press, pp. 206-221.
- White, H. (1957): «The Printing Industry from Renaissance to Reformation and from Guild to Capitalism», *Stechert-Hafner Book News*, 11, pp. 61-62, 73-74.
- White, H. (1963): «The Abiding Relevance of Croce's Idea of History», *Journal of Modern History*, 37 (2), pp. 109-124.
- White, H. (1966): «The Burden of History», *History and Theory*, 5 (2), pp. 111-134.
- White, H. (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- White, H. (1978): «The Historical Text as Literary Artifact», *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 81-100.
- White, H. (2010): «Preface», *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory, 1957-2007*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. IX-XI.
- White, H. (2010): «Storytelling: Historical and Ideological», *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory, 1957-2007*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 273-292.

- Whitfield, S. J. (1996): *The Culture of the Cold War*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Wood, E. M. (2012): *Liberty and Property. A Social History of Western Political Thought from the Renaissance to the Enlightenment*, Londres, Verso.
- Zinn, H. (2005): *A People's History of the United States*, Nueva York, Harper Perennial.

Página intencionadamente en blanco